

dios y el diablo en el sertón

Por Margarita Peña

"El diablo en la calle, en medio del remolino" es la frase que a modo de epígrafe abre la novela de Guimarães Rosa. Repetida a lo largo del libro como refrán que se convierte en leit-motiv (junto con otra igualmente significativa: "Vivir es peligroso"), girando ella misma como un remolino, su vórtice, su sentido más justo y preciso queda descubierto sólo hasta las últimas páginas. En vísperas del desenlace se nos ofrece la representación del demonio en su encarnación terrena: el Hermógenes, uno de los personajes cardinales, libra una apocalíptica batalla justamente a mitad de la calle principal de un pueblo abandonado contra Riobaldo, protagonista y narrador, encarnación torturada del bien. Pero el polvo que el remolino levanta y la variedad incalculable de objetos y de seres que va asimilando, con el diablo, perverso y chocarrero acechando en el centro no son sino el mundo del sertón en su disimilitud, telúricamente regido por el mal. Este segundo significado se halla implícito en cuatrocientas cincuenta y tres páginas que constituyen la edición castellana de *Gran sertón: veredas*, novela que hace de la lucha del bien contra el mal su tema primero.

Manoel Cavalcanti Proença se ocupa de este aspecto en un ensayo titulado "Trilhas no Grande Sertão"¹, proporcionando claves útiles para la comprensión de un tópico tan antiguo, como en esta obra, complicado. Señala Cavalcanti el carácter polisémico de los personajes, que confiere al tema posibilidades alegóricas; la identidad simbólica de Diadorín como arcángel San Miguel; la aspiración del héroe a una libertad y a una paz que de lograrse absolutas corroborarían la derrota del mal; la apariencia, también polisémica del sertón como forma concreta del demonio. Enuncia tres planos de la novela: subjetivo, colectivo y mítico sin señalar, por lo demás, la interrelación evidentiísima entre los tres, la cual los sintetiza en una visualización obviamente medieval: el caballero que lucha contra el demonio en el amplio escenario de la naturaleza. Por otro lado, Cavalcanti no repara en dos "subtemas" estrechamente ligados al del antagonismo² con el diablo: el de la

soberbia y el del amor imposible. Desde el punto de vista del antagonismo entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, la novela posee una primera y una segunda parte fácilmente apreciables. La primera, de la pura especulación sobre el demonio, se construiría sobre las alusiones dispersas a éste, la recreación de consejas e historias alusivas y la enumeración desordenada de nombres o epítetos con los que se conoce al demonio en el sertón. Corresponden igualmente a esta primera parte el descubrimiento y la descripción de una personalidad demoniaca, Hermógenes, así como la primera batalla importante ganada por el bien durante el juicio de Zé Bebelo. En este fragmento el salomónico jefe Joca Ramiro y sus yagunzos repiten al Cristo y a los apóstoles de las parábolas. La transición entre la primera y la segunda parte estaría marcada por el momento del pacto entre Riobaldo y el Demonio, y la segunda, que ocupa las últimas ciento cincuenta páginas del libro, describe la lucha "cuerpo a cuerpo" de Riobaldo con el demonio en planos diversos de sucesivas tentaciones hasta concluir con la aniquilación definitiva del mal. Domina el conjunto la preocupación de Guimarães Rosa por definir la naturaleza del demonio y, consecuentemente, de sus secuaces en la tierra: la del único "pactario" real, el Hermógenes; la del "pactario" hipotético, Riobaldo, y la de la antítesis de ambos, el ángel, Diadorín. Entretrejida con esta preocupación se hallaría la de narrar la actividad de Satanás en este mundo.

Por lo que respecta al primer punto, de acuerdo con los teólogos, caracteriza a la personalidad de Satanás un rasgo preponderante: haberse autodeterminado como el adversario, el enemigo de Dios, del hombre, de todo lo bueno. ¿Y qué es el Hermógenes sino todas estas cosas? Adversario del yagunzo bueno como Joca Ramiro, Zé Bebelo, Diadorín y Riobaldo. Enemigo de Dios porque traicionó y dio muerte al jefe —en la escala humana, el ser supremo— Joca Ramiro, del mismo modo que Satanás se rebeló contra su Hacedor. ¿Es Hermógenes simplemente un poseído por el demonio (de los que hay varios ejemplos en *Gran sertón...*), o bien, la encarnación misma de éste? Más bien lo último. "El enemigo es el Hermógenes" dice Diadorín. "¡Que sí, de verdad! El enemigo es el Hermógenes..." remata Riobaldo. La afirmación se repite a lo largo del libro. Se le compara con el

demonio por su crueldad y su perversidad, manifiestas ya desde que greea en el bando de los buenos. Pero la identificación con el demonio brota de modo espontáneo de la colectividad de yagunzos cuando asesina a Joca Ramiro: "... Quien él mató fue el Hermógenes..." "¡Caras-de-perro! ¡El perro cabronbrón! ¡Demonio! ¡Traición!" Se le aplican los mismos epítetos que usualmente se reservan al diablo.

Entre las características de una naturaleza demoniaca está la inmunidad a las heridas, al dolor, a la enfermedad. Asimismo, el misterio del origen, puesto que el demonio no ha nacido sino que ha sido creado. De Hermógenes se dice que: "Su tierra, no se tenía noción de cuál era..." y que "no sufría ni se cansaba, nunca perdía ni enfermaba; y, lo que quería, lo conseguía todo". Y ello porque "el Cuyo rebautizó su cabeza con determinada sangre: que fue la de un hombre sano y justo, sangrado sin razón", porque en el mundo resbaloso y cambiante del sertón, "todo es pacto"³. Por lo demás, el pactario tiene una vida prestada, que el demonio puede reclamar en cualquier momento. Es por eso, quizás, que el Hermógenes, finalmente fable, muere en el curso de un combate feroz. Y porque a semejanza del demonio, si puede ganar, también puede perder.

El poder sobrenatural, aterrador de Hermógenes guarda una clara relación con la falta de caridad y el exceso de odio, dos condiciones *sine qua non* de la naturaleza demoniaca: "Malo, pero entero, legítimo, con toda certeza, la maldad pura" es el Hermógenes. El rencor, inherente a Luzbel y a los pactarios, también el Hermógenes lo padecía, así como una carencia total de paz interior, una rabia violenta que lo lleva a arrasar el sertón a la cabeza de los Judas, su propia horda de ángeles caídos. Por lo demás, aun participando de la vida, el Hermógenes, como Lucifer, se halla definitivamente perdido en un vacío amargo porque: "para demás hasta el fin de este mundo y del juicio final se condenó, hueco del alma", un solitario en su omnipotencia: "Que el Hermógenes era grande destacado de aquel porte, igual al pico de la serranía del Itambé".

Novela en la que tanto Dios como el Diablo responden a esencias más reales que sobrenaturales, más físicas que metafísicas (el más allá, la salvación o la condenación eternas son nociones casi ausentes de la obra), en la que se les invoca como presencias reconocibles en *este mundo*, se transforman en ob-

¹ Manoel Cavalcanti Proença, "Trilhas no Grande Sertão" en *Augusto dos Anjos e Outros Ensaíos*, pp. 155-161.

² El estudio de Cavalcanti es útil, sobre todo porque esclarece la personalidad ambigua de un personaje fundamental: Diadorín, el amado, el amigo, el ángel y, de modo factible también, el demonio.

³ En una conversación atribuida a Guimarães Rosa, éste afirma: "Todos mis personajes existen. Son criaturas de Minas Gerais: vaqueros, hacendados, pactarios de Dios y del Diablo..." (O. Santos Pereira, *Guimarães Rosa según terceros*). Así, el pactario parece ser un elemento consustancial al sertón, una figura familiar a sus habitantes, hasta cierto punto desprovista de toda magnificación.

sesiones —el Diablo más que Dios— que rondan a los inermes habitantes del sertón. Riobaldo, yagunzo inteligente y soberbio, ambicioso y noble, filósofo y guerrero, es otro presunto pactario. Personaje mucho más complicado que Hermógenes, pues él no ejemplifica el conflicto resuelto sino la oscilación entre el anhelo del bien y la tentación del mal, su papel es el de personaje principal, narrador y testigo. Contaminado desde un principio por el miedo al demonio que campea en el sertón: “Tengo miedo por todos...”, “El sertón tiene miedo de todo...” opta por negar la existencia del diablo como única protección posible, como un “vade retro” eficaz: “Es preciso existir uno en Dios; más; y del diablo distraer a uno con la suya ninguna existencia”. Negar que el diablo existe se convierte en un juego irrisorio y desesperado, y al mismo tiempo, en la única empresa realmente importante, aunque al acometerla el hombre arriesgue su cordura. Por su sino de hombre de acción cuya constante es la “travesía”, el movimiento, Riobaldo estaría a salvo de la cavilación que lleva al delirio. Pero la ambición y la soberbia; la necesidad de reivindicar un origen oscuro; la convicción que se desarrolla lentamente, de ser algo más que un esclavo, un hacendero o un yagunzo como tantos lo mueve a ansiar el poder irreductible, la “jefatura” o “jefatura mayor”. Tres rasgos que Luzbel quiso imitar de Dios son igualmente el objetivo de Riobaldo: omnisciencia, omnipotencia y autosuficiencia.⁴

En el libro de Guimarães Rosa se puede distinguir el plano que Cavalcanti Proenca ha llamado, simplificando al extremo, “subjetivo”, de la lucha antagónica del bien y el mal en el interior del alma humana⁵. Tal antagonismo remite al concepto estudiado exhaustivamente por los teólogos españoles del Renacimiento, del libre albedrío. El conflicto de Riobaldo, que reside precisamente en la dificultad de hacer una buena elección guiado por su libre albedrío, elección que implicará militar en las filas del bien o en las del mal, lo sitúa en el nivel del propio Satanás antes de la caída, pues Dios concede tanto a los ángeles como a los hombres la facultad de una voluntad soberana, potencia importantísima del alma. La elección, el acto de *escoger* estará teñido de humildad o de soberbia. Luzbel, Hermógenes harán suya la segunda, en tanto que Riobaldo, con una malicia que descarta actitudes llanas, optará por una soberbia mucho mayor que la de éstos, con la exclusiva intención de vencerlos. El objetivo de Riobaldo no es igualar a Dios cayendo en las garras del diablo, sino al contrario,

manifestando una osadía, una “hybris” que lo emparenta con el héroe clásico, su meta consiste en consumir la derrota ominosa del demonio en todos los planos: dando muerte al Hermógenes, encarnación del mal: “Aquel niño (Diadorín) y yo, ¡éramos los que estábamos destinados a dar fin al Hijo del Demonio, al Pactario!”; borrando sus huellas al exterminar a los Judas; y en el plano ontológico, negando su existencia hasta el último momento. La novela se cierra con una declaración definitiva: “Amable usted me ha oído, mi idea ha confirmado: que el Diablo no existe. ¿Pues no? Usted es un hombre soberano, circunspecto. Amigos somos. Nada. ¡El diablo no hay! Es lo que yo digo, si hubiese... Lo que existe es el hombre humano. Travesía”. Y además, afirmando la superioridad del hombre, que se funda en una existencia fuera de dudas.

Pero la “travesía” de Riobaldo no es descansada ni fácil. Guimarães Rosa enfrenta a su personaje a la responsabilidad de decisiones menudas previas a una decisión mayor. Todo (que curiosamente, aquí equivale a *nada* como realidad absoluta) es trampas, ambigüedades y duda. El demonio en *Gran sertón*:..., por ejemplo, carece de las representaciones visuales acostumbradas. Aun cuando nombres o epítetos tales como “el Murcielagón”, “el Calvo”, “el Cabrón-Negro” o descripciones escasas: “se forma de algún bicho de pelo oscuro” remitan a imágenes concretas, su existencia parece depender más bien de la fuerza del que lo invoca, de la intensidad del pensamiento individual, siendo más que nada, una invención

subjetiva del hombre; o bien, de su invisible presencia en determinados momentos. Emboscado en los mil recovecos del sertón acecha el paso de Riobaldo para tentarlo con un acto pecaminoso que precipite a éste en el desorden, es decir, en el mal. El asesinato es la tentación mayor, aunque el deseo de la relación amorosa, aparentemente antinatural, con Diadorín, es una tentación constante. Como un San Antonio de las Veredas, Riobaldo vence la tentación de matar a aquel Constancio Alves, el cual, en virtud de una dialéctica tramposa que inspira el demonio, le parece que “tenía mala conciencia y dinero en la caja...” luego “merecía castigos de muerte”; o al pobre que “tenía cara de hocico”, que “no merecía dolor” o al perro de éste, o a su yegua. De cada tentación sale victorioso, aunque los antecedentes que proporciona Guimarães Rosa —la escena del presunto pacto en la encrucijada de las Veredas-Muertas, la posesión de la jefatura de yagunzos lograda por un acto de audacia— podrían anunciar lo contrario. Riobaldo no adquiere la calidad de pactario porque para serlo: a) debería detestar el bien; b) aspirar no a la paz sino a la violencia y, c) anhelar la supremacía en el mal, tres premisas que se dan en Luzbel, en Hermógenes, pero no en Riobaldo, héroe que finalmente es salvado por el autor, que al final de la novela rumiará en tono místico, en uno de tantos párrafos que son pura cavilación: “el existir del alma es el rezo... Cuando estoy rezando, estoy fuera de la suciedad, aparte de toda locura. ¿O qué es lo que es el despertar del alma?”



Editorial Joaquín Mortiz libros recientes

RAFAEL BERNAL El complot mongol 256 págs., tela	\$ 40.00
SUSAN SONTAG Estuche de muerte 372 págs., tela	\$ 50.00
JUAN GARCÍA PONCE La cabaña 208 págs.	\$ 25.00
JUAN GOYTISOLO La isla 172 págs.	\$ 15.00

En todas las librerías o en
Avándaro, S. A., Ayuntamiento 162-B
Tel. 13-17-14

⁴ Farrel, Walter, “The Devil Himself”, en *Satan*, p. 5

⁵ M. Cavalcanti Proenca, “Trilhas...”, p. 158

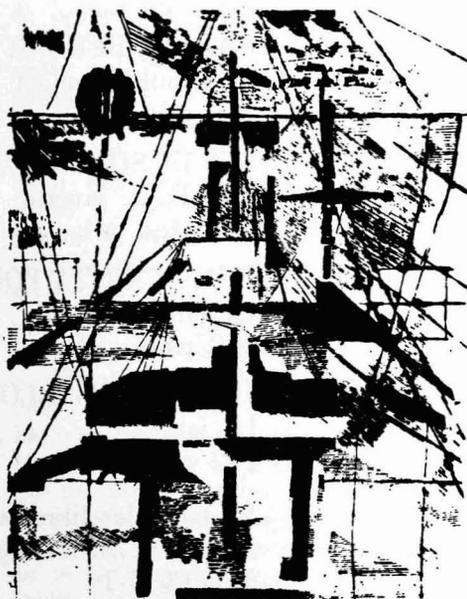
Sin embargo, durante todas las andanzas previas al desenlace y posteriores a la noche del pacto, es decir, en el curso de la trayectoria ascendente del personaje y de la acción hacia el clímax, Guimarães prestó a Riobaldo rasgos que ya lo acercan, ya lo alejan de una virtual naturaleza demoniaca. De acuerdo con Santo Tomás, el pecado de Luzbel consistió en haber amado su belleza, perfección y bondad, sin reconocer la perfección angelical de su Creador. Ello no sucede con Riobaldo, para quien Dios es algo tácito, fuera de toda discusión y de toda duda: "Dios es alegría y valor... Él es bondad." La rivalidad no es con Dios sino con el Diablo. Por otra parte, Riobaldo no va tras una inasequible perfección sino que persigue fundamentalmente la afirmación de su propio *ser* humano. En esto se halla lejos del patrón demoniaco. Pero al asumir el poder arrebatándolo a Zé Bebelo, al igual que Lucifer cuando pecó de orgullo, Riobaldo se convierte en un solitario, aislado del resto de los yagunzos por su soberbia rampante. A Lucifer lo confina el orgullo, a Riobaldo la soberbia. Se da a menospreciar lo que en su vida anterior le era querido, entre otras cosas, a Diadorín. La antigua camaradería con los yagunzos se convierte en celosa vigilancia de la propia autoridad. Se disuelve todo nexo de amistad, se borra toda intimidad y no es sino momentos antes de la batalla decisiva cuando Riobaldo vuelve a acercarse a sus hombres, cuando ha derrotado al mal en lucha interior. Así se explica que la vida de Riobaldo se reintegre a la armonía en una conclusión que fácilmente puede parecer convencional. Anulada la soberbia, después del triunfo sobre el Hermógenes, de la muerte de Diadorín, de la súbita enfermedad, Riobaldo restablece sus relaciones con sus semejantes, la comunicación con el mundo. Se cumple así el Génesis: aniquilado el Diablo, que es caos y desorden, se entroniza a Dios, que es armonía, y con ello se instaura un estado beatífico, casi paradisiaco.

La identidad de Diadorín como personaje importante de *Gran sertón*:..., ha dado lugar a especulaciones sobre el tema de la mujer vestida de hombre. Sin embargo, al considerarlo un elemento del relato más bien simbólico, con una doble categoría de ser superior y de ser humano, de ángel y de hombre, como lo ha hecho Cavalcanti Proença, cambia la impresión sobre el personaje y su papel en la trama. Tomando al pie de la letra a Guimarães Rosa cuando narra que a la muerte de Diadorín se descubrió que era mujer, la novela da un viraje al terreno de la concesión, como si el autor tuviera con un dato superpuesto la pintura del amor homosexual. Pero la interpretación de Diadorín como ángel, de sexualidad ambigua, sí es congruente con el desenlace revelador, que así se refuerza en vez

de debilitarse. Por lo demás, este "ángel" novelesco coincide en algunos puntos con los ángeles descritos por la teología tradicional. Dice Santo Tomás que "los ángeles no tienen cuerpos aunque se aparecen a los hombres en forma física, hablan con ellos y recorren con ellos los caminos desempeñando las agradables tareas de la compañía... No niegan, sin embargo, el carácter puramente espiritual de sus naturalezas".⁶ Diadorín es justamente el compañero fiel de Riobaldo en los caminos del sertón, y la esencia del amor contrariado que se profesan recíprocamente corresponde a una naturaleza "puramente espiritual". Continúa Santo Tomás: "Estos cuerpos aparentes de los ángeles no pueden actuar de modo vital... Estos 'cuerpos' son instrumentos de los ángeles, no una parte viviente de ellos."⁷ Quizás a la luz de la concepción tomista se explique el estatismo que caracteriza a Diadorín. Pocas veces Guimarães Rosa le atribuye las actitudes violentas del resto de los yagunzos y frecuentemente lo coloca en posturas que traducen quietud, observación, retraimiento. Se le encuentra pensativo junto al fuego, o cavilando a la sombra de un árbol. Diadorín es el ángel de la guarda de Riobaldo, de hermoso rostro, ojos y pelo; el arcángel Miguel que da muerte al Hermógenes y en ese momento él también muere en Riobaldo (de esta muerte da cuenta una sola frase: "Diadorín había muerto —mil-veces-mente— para siempre de mí") porque ha cumplido con su misión en la tierra. Que es una criatura sobrenatural, se confirma con las palabras de Riobaldo: "Ella era. Tal que así se *desencantaba*, de un *encanto tan terrible*; levanté la mano para *santiguarme*, pero

⁶ Santo Tomás, *Ibid.*, par. 1a., q. 53 cit. por W. Farrell, *Ibid.*, p. 7.

⁷ *Ibid.*, p. 8.



—E. Piotrowin

lo que con ella escondí fue un sollozo...".⁸

Con todo y que el amor de Riobaldo por Diadorín expresa la cercanía de aquél con el bien, no deja de parecer una jugarreta en la que se adivina la intervención del demonio el que este amor permanezca vedado a lo largo del relato. El "verdadero" sexo de Diadorín pudo haberse conocido en algún momento de la narración, rompiéndose con ello el "encantamiento". Existe una curiosa fusión del bien y el mal en la idea de este amor sustancialmente bueno y desgraciado en sus efectos. Dualidad que por lo demás se insinúa en detalles aislados, en otros terrenos: la representación, imaginada por Riobaldo a la hora de pactar, del demonio entronizado en cátedra (como suele representarse a Dios en la plástica romántica y gótica); o bien, la alusión, perdida en el farrago de la historia, de que el diablo ejecuta el castigo ordenado por Dios, es decir, está al servicio de Dios; o bien, llamar con un mismo pronombre en mayúsculas —Él— tanto a Dios como al diablo. Ello conforma una noción básica: la novela no propone un maniqueísmo estricto. En el mundo hay malos, hay buenos, hay, dice Guimarães Rosa, "todo grado de persona". En consecuencia, si la bondad y la maldad se dan en una poca maniquea asociación, resultan perfectamente explicables personajes como Seó Habán, Constancio Alves, la mujer de Hermógenes, seres mixtos, perfectamente humanos y verosímiles.

El amor que lleva la huella del demonio remite al tema de la actividad de Satanás en el mundo del Sertón. Permaneciendo en el dominio del amor hay que precisar que ni éste ni el erotismo, ni la relación sexual están, en opinión de Guimarães y contra lo que sería una ética puritana, contaminados por el demonio. Los tres tipos de amor válidos en *Gran sertón*:... espiritual (Diadorín), sexual (Ñoriñá, prostitutas diversas) o la combinación de ambos (Otacilia) proporcionan a Riobaldo sentimientos de plenitud, son bellos y gratificantes. El mal invade otros terrenos: persecución de las almas, guerra, y se deposita en otros objetos. Citados al azar, estos serían: viento, rayo, trueno, los Hermógenes o Judas, el mes de agosto, onzas, lobos, serpienets y cornejas (su "risa" nocturna es de mal agüero). El bien se encarna en: el burití, los ríos, el cielo, el sol, el color verde, las duras arenas (por oposición a las tembladeras), algunas aves (araras, periquitos), el agua de lluvia que moja la tierra, el mes de febrero. Igualmente, todo lo que no es natural es diabólico; el leproso, de quien Diadorín protege a Riobaldo, los niños y mujeres endemoniados, el Treciziano, que enloqueció y atacó al jefe Víbora-Blanca (sobrenombre de Riobaldo); los animales que pa-

⁸ El subrayado es mío.

recen lo que no son: becerros con cara de can, canes con cara de gente.

En el sertón el demonio lleva a cabo sus tareas usuales. Es tentador, seductor, consejero pérfido, en resumen, el que inspira malas acciones. Vuelve lo falso verdadero y hace que lo malo sea tomado por bueno. Ejerce una vigilancia constante y frecuente, torna el sertón en el infierno mismo. Es dual y uno: el que flota en la atmósfera inficionada del sertón y el que se adueña del hombre.

A diferencia de las dos ciudades —“Una es de Dios, la otra del diablo”— que proponía San Agustín, el sertón es una sola, regida por las fuerzas del bien y del mal en trabazón estrecha. De aquí que el sertón se configure como un pequeño cosmos gobernado por lo que Michel Foucault, al revisar el pensamiento occidental en el siglo XVI, da como cuarta forma de semejanza, el juego de las simpatías. Por la simpatía sola, el bien o el mal reinarían uno u otro de modo exclusivo, uniformando las cosas, mezclándolas, integrándolas. “El mundo”, dice Foucault, “se reduciría a un punto, a una masa homogénea, a la melancólica figura de lo Mismo.”¹⁰ Su contrapartida, la figura compensatoria es la antipatía, por la cual las cosas se mantienen en aislamiento y se conjura el peligro de la asimilación. “La identidad de la cosa, el hecho de que puedan asemejarse a otras y aproximarse a ellas, pero sin engullirlas y conservando su singularidad —es el balance continuo de la simpatía y la antipatía que le corresponde.”¹¹ Aplicando Foucault a la novela de Guimarães Rosa descubrimos el gran pivote de la vida en el sertón: la identidad del bien y la del mal, el hecho de que puedan asemejarse, aproximarse, sin devorarse, conservando su singularidad, es el balance de dos fuerzas elementales —Dios y el diablo— perpetuamente móviles, perpetuamente inestables.

¹⁰ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 32.

¹¹ *Ibid.*, p. 33.

BIBLIOGRAFÍA:

Guimarães Rosa, João, *Gran sertón: veredas*, Biblioteca Formentor, Seix Barral, Barcelona, 1967, 464 pp., trad. de Ángel Crespo.

Cavalcanti Proença, Manoel, “Trilhas no Grande Sertão”, en *Augusto dos Anjos e Outros Ensaíos*, José Olympio Editora, Rio de Janeiro 1959, pp. 151-241.

Farrell, Walter, “The devil Himself” en *Satan*, Sheed and Ward, New York, 1952, pp. 3-18.

Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, México, 1967, pp. 273, trad. de J. Utrillo.

Foucault Michel, *Las palabras y las cosas*, Teoría y Crítica, Siglo XXI Editores, México, 1968, pp. 375, trad. de E. C. Frost.

Santos Pereira, Otoniel, “Guimarães Rosa según terceros” en “El gallo ilustrado” de *El Día*, No. 125, México, 3 de noviembre de 1968, trad. de C. A. Colombani.

libros

el campo latinoamericano

Por Iván Restrepo Fernández

Por encargo del Banco Interamericano de Desarrollo —uno de los pilares de la Alianza para el Progreso— Montague Yudelman realizó un estudio en donde examina el panorama actual de la agricultura en la región, su función en el proceso de desarrollo y algunas de las cuestiones de política que dificultan la necesaria contribución de la agricultura al crecimiento económico.

La sensación de fracaso de la Alianza para el Progreso, aunque no expresada claramente por el autor, se hace patente desde las primeras páginas del estudio. Los 19 países que forman parte de ella no han llegado a realizar el esfuerzo requerido en la agricultura de América Latina para que pueda llegar a ser la fuerza motriz que impulse sus economías. A juicio de Yudelman:

1º] En América Latina el fantasma de Malthus en realidad no debe asustar a nadie todavía. La producción de alimentos se ha mantenido al nivel del crecimiento de la población aunque siguen privando bajos niveles de consumo en la mayor parte de la población campesina y obrera. Si tenemos en cuenta que las proyecciones hablan de 400 millones de habitantes para el año dos mil, se hace evidente que la productividad

y la producción agrícola tendrán que ser incrementadas, sustancialmente, para evitar graves problemas en el futuro.

2º] El sector agrícola constituye la mayor fuente de ocupación de la economía total de América Latina al dedicarse y depender de la agricultura casi el 50% de la población total. La contribución del sector a la producción nacional resulta superior al 30% en once países, es de 10 a 30 en siete e inferior a 10 en una. En los países que participan de la Alianza para el Progreso, la agricultura es la actividad fundamental y la que más contribuye, por sí sola, al producto interno bruto; calculándose que dé un total de 100 mil millones de dólares de bienes y servicios generados por las economías de nuestros países la producción agrícola bruta representó una quinta parte.

3º] Las exportaciones agrícolas constituyen la principal fuente de divisas de la región, estimándose que el valor anual de las exportaciones de café, azúcar, banano, algodón y demás bienes primarios, representan entre el 50% y el 70% del valor anual de las exportaciones; asegurándose, por otra parte, que América Latina produce la totalidad de

thomas merton

Horas después de que Thomas Merton había leído su conferencia sobre “Marxismo y perspectivas monásticas”, en el primer congreso de superiores monásticos de extremo oriente, moría de un paro cardíaco. En su conferencia había anticipado lo que pudo ser un ensayo de mayores alcances: la coincidencia, entre el marxismo y el pensamiento monástico, en su “actitud de crítica radical respecto de las estructuras de la sociedad contemporánea”.

Algunas de las últimas tareas intelectuales de Merton, han sido brevemente apuntadas por Gary MacEoin, quien le acompañó durante los últimos días de su vida en Bangkok. Merton se rebeló contra la guerra de Vietnam, la conscripción selectiva y el asedio a quienes, apelando por sus derechos cívicos, juzgan a la guerra contraria a su conciencia. Participó en el movimiento católico “Pax”, desde 1962. La religión, decía, tiene mucho que aprender del mundo. El error de los clérigos es pensar que “la teología es un depósito de verdades eternas e inmutables, intocables por cualquier cambio en el mundo, con la lógica conclusión de que si el mundo quiere seguir en contacto con la verdad eterna, debe renunciar a cualquier idea de cambio”. Merton estaba, por tanto, comprometido con la reforma de la Iglesia. Una de sus últimas aventuras espirituales fue el descubrimiento feliz de lo obvio: “Si no apreciáis de ninguna manera lo que no sirve para nada, no podréis comenzar a hablar de lo que es útil.”

[Informaciones católicas internacionales, Nº 327]